LO QUE NO DEBE CALLARSE

MONÓLOGO CRÍTICO-BURLESCO

ESCRITO BAJO LA IMPRESION DEL DRAMA

LO QUE NO PUEDE DECIRSE

Y DEDICADO Á SU AUTOR EL INSIGNE POETA

D. JOSÉ DE ECHEGARAY

POR

J. FUENTES, Y C. SOLSONA

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA. NÚM.

LO QUE NO DEBE CALLARSE

MONÓLOGO CRÍTICO-BURLESCO

ESCRITO BAJO LA IMPRESION DEL DRAMA

LO QUE NO PUEDE DECIRSE

Y DEDICADO Á SU AUTOR EL INSIGNE POETA

D. JOSÉ DE ECHEGARAY

POR

J. FUENTES, Y C. SOLSONA

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

PERSONAJES DEL DRAMA DE ECHEGARAY.

JÁIME........................ PADRE.
EULALIA.................... MADRE.
GABRIEL.................... HIJO.
FEDERICO................... IDEM HASTA CIERTO PUNTO.
PATRIK...................... INGLÉS (DE NACION).
JOAQUIN.................... CESANTE.

(La escena empieza en el teatro Español y acaba en la casa de socorro.)

LO QUE NO DEBE CALLARSE.

Sala amueblada con decencia. Un balcon á la izquierda; alcoba al foro; dos puertas laterales, otra á la derecha. Todos los huecos cubiertos con *portiers*. Un sofá, un escritorio y una cesta de labor. Al levantarse el telon aparece el actor en bata, toma una vela, registra los rincones, y hecho esto deja la luz y dice en voz baja,—porque no tiene otra,—y suspirando como un *solo* hombre.

I.

Ni un alma; nada se siente;
de la tragedia imponente,
del suplicio sin segundo,
sólo queda en este mundo
uno, para que lo cuente.
(En alta voz.)
Buenas noches. No es discreto
comenzar sin advertir
que aquí me mandan venir
para contar un secreto
que no se puede decir.

La contradiccion rebosa
patente y clara, á mi fe;
yo en verso, aquellos en prosa;
cosa rara, bien se vé,
pero, en fin... ¡esa es la cosa!
Anunciada la funcion,
con la alborada del dia
comenzó la procesion;
y á las cuatro... ya no habia
ni un billete en el cajon.
Sé de alguno que dar quiso
cuatro talegas cabales
por dos palcos principales.
Yo dí por un paraíso
cuatro mil doscientos reales.
¡Qué animacion, cuánta gente!
Fe ciega, gozo infinito;
En un palco ¡Dios clemente!
quince sin el presidente
del comité del distrito.
¡Qué entusiasmo, qué locura,
lujo, poder, galanura,
mujeres de entendimiento!...
y debajo de un asiento
un guardia civil y un cura.
Con el recuerdo batallo
y me doy á Barrabás.
Si estaban... pero ¿qué más?

las floristas á caballo
en los mecheros del gas.
Cesó la conversacion,
cesaron las armonías...
ansiedad, espectacion,
silencio en las galerías
y en la orquesta calderon.
Se repartieron en cesto
avellanas, mostachones,
píldoras, azahar, bombones.
Y así, el público dispuesto
á recibir emociones,
Se alzó el telon, ¡ay de mí!
ni una frase, ni una tos:
¡qué drama aquel, porque sí!
y ¡qué drama, santo Dios,
el que voy á hacer yo aquí!

***

Escena entre dos hermanos,
Que lo son en Jesucristo,
como el lector y nosotros,
la portera y el vecino.
El primero serio y grave,
triste el otro y expansivo.
Al levantarse el telon
discuten un amorío:
el triste tiene una novia
por la que está consumido,

ella le ha dado una cita
y el padre le ha dado un mico.
El padre es un usurero
que cobra ciento por cinco;
la madre... nada se dice
de la madre por olvido,
por más que en estas tragedias
del primer autor del siglo,
el figurin de la madre
acostumbra ser el mismo.
Volviendo al padre, que es vuelta
necesaria para el lío,
se sabe que no da gratis
al celestial angelito,
pero que la da á cualquiera
por dos millones y pico.
Rica alhaja de valor,
filigrana, esmalte artístico,
digna del escaparate
de Ansorena (Celestino).
Mas no importa la exigencia,
puesto que al fin Federico
tiene talento, figura,
discrecion, saber y juicio:
si no lo dijo su abuela
porque no la ha conocido,
su mamá lo dice, y basta;
punto aparte, y es lo mismo.

Fuera de los dos millones
igual ella y Federico;
Prescindiendo del dinero
lo mismo soy yo que Urquijo.

***

El infeliz no tenía
para lograr su esperanza
mas que un tio en Alcalá
y mucha tierra en la Habana.
Consulta el caso á la madre,
que es gorda y se llama Eulalia,
y pasa de los setenta,
lo cual es otra desgracia.
Ella, que está en el secreto,
desaprueba, cosa clara;
insiste el hijo, ella grita...
suspiros, abrazos, pausa.
—Déjala si el padre quiere
á precio tal entregarla.
—¿Qué la deje?—dice el chico,—
¿qué la deje? ¡virgen santa!
si me voy al otro mundo
para traer de la Habana
con el vómito, la fiebre,
á ver si mi suegro estalla...
Tú eres mi madre y mi padre,
con decírtelo á tí basta.
Mi padre no debe serlo

segun lo mal que me trata;
tú de niño me querias
y te hacía mucha gracia;
él me daba cada tunda
que casi me deslomaba;
con que tú no se lo digas,
para mi conciencia basta.
—¡Hijo de mis entretelas!—
grita la infeliz Eulalia.—
Vámonos á Puerto-Rico...
que es más corta la distancia.
Otro suspiro, otro abrazo,
silencio en la escena y pausa.
Llega á este punto Gabriel,
ponen los dos mala cara,
y á otra parte con la música
se van porque no hacen falta.

***

Entran por una puerta
Patrik y el padre,
y aunque no es el barbudo,
se llama Jaime.
Presenta al hijo,
y Patrik le devuelve
grave el cumplido.
Manda á Gabriel el padre
que llame á Eulalia
y que con Federico

venga á la sala
A este mandato
muéstrase mister Patrik
muy contrariado.
—¿Quién es, pregunta, el jóven
que así se llama?
—El hijo que deshonra
toda mi casta.
—¡Ole, salero!
ya he dado con el peine
por el que vengo.
Cuando Jaime, que es calvo,
piensa en el peine,
se tira de los pelos
donde los tiene:
que en la cabeza
no ha quedado ninguno
ni para muestra.
Patrik dice:—Una historia
contaros quiero;
¿me dais vuestro permiso?
—Siempre.—Me siento.
—¿Somos amigos?
—¡Ah! desde las Vistillas
hasta el Retiro.

⁂

Mister Patrik alimenta
esperanza tentadora;

suenan las diez, buena hora;
Jaime calla, y Patrik cuenta:
«Un sitio tenaz y duro
que en Bilbao se levantaba:
un inglés que se llamaba
el capitan sir Arturo.
Luchar y vencer con brio
unidos en un deseo;
despues horrible saqueo
en humilde caserío.
¡Santa Clara! ¡San Mamés!
venganza sin ejemplar,
y vaya usted á averiguar
lo que sucedió despues.
Fueron premio al fuerte acero
los más salvajes placeres,
y aquellas pobres mujeres
medidas por un rasero.
Sangre, exterminio, rencor,
luto, deshonra, tristeza,
mucho dolor de cabeza
y una llamada al autor.
Doña Eulalia, que escuchaba
esta relacion cruenta,
en la escena se presenta
cuando nadie la llamaba
Patrik, galante en mal hora,
al verla, exclama al momento:

«lo que me falta del cuento
que lo diga esta señora.»
 Fiero instante, trance duro,
gran sorpresa, sale el chico.
Dice el padre: ¡Federico!
Dice el inglés: ¡Sir Arturo!
 Crece de Jáime la saña,
de Eulalia el espanto crece,
—¡Él es, sí, se le parece
como un huevo á una castaña!
 —¡Véte, infeliz! Y en un brete
colocan á la criatura.
¡Véte, jóven sin ventura!
¡Véte, miserable, véte!
 —Patrik, ¡villano, malsin!
—La justicia.—¡La razon!
—¡Eulalia!—¡Jaime!—¡Perdon!
Y *pum*, *catapum*, *chin chin!*

***

 Terrible coloquio viene
entre la madre y el padre.
Ella fué por sir Arturo
ultrajada en aquel lance;
Federico el fruto ha sido;
sir Arturo es ya cadáver,
y le dejó una fortuna
que en los bolsillos no cabe:
todo lo que aquí se cuenta

lo tiene olvidado Jáime.
El usurero podrá
vender á precio bastante
la niña de sus entrañas,
rica joya inestimable.
Será feliz Federico,
y Eulalia y Gabriel y Jáime.
¡Gran virtud la del dinero
que á todos nos hace iguales!
Esto es lo que pasará
en el primer acto, y vale
cien veces lo que en los otros
viene á suceder más tarde.
Siguiendo el cuento, oiga usted
paso á paso el desenlace:
Patrik, que es un caballero,
rabia de celos aparte,
por rabiar de esta manera
para estar interesante.
Federico se marchó
y debe llegar á Cádiz,
si el tren no ha descarrilado,
lo cual es cosa muy fácil.
El inglés desaparece,
pero volverá más tarde.
Gabriel en este momento,
con la cara de vinagre,
dice que el mundo murmura

de un negocio de su padre,
funcionario inteligente
que estaba en tratos con Patrik
de una casa muy famosa
principal representante;
el negocio era de Estado,
contrata, *empréstito, vales*,
algo de eso que sucede
cuando la Hacienda está exánime.
Este disgusto arma un lío
preciso más adelante,
y que el autor se reserva
para que el drama no acabe.
Otra vuelta á doña Eulalia...
aquí no está quieto nadie.
La perdona su marido,
de ménos echa al infante,
y Gabriel lo va á buscar
con el entusiasta arranque
del que no sabe que guarda
una laringitis grave;
y no lo digo por Vico,
que tiene la voz de un ángel.

***

Final. Viene Federico,
porque el tren descarriló.
Ya se lo dije á usted yo
que iba á volver ese chico.

—Aunque pese al mundo entero
me caso.—Te casarás.
—¿Y el dinero?—¡No sabrás
de dónde sale el dinero!
—¡Has heredado.—¡San Luis!
—¡De un pariente!—¡Qué placer!
mas si no lo he de saber,
¿para qué me lo decís?
—¡Pues sí!—¡Pues no!—¡Voto va!
Entusiasmo, lagrimones,
Suspiros, exclamaciones,
—¡Madre!—¡Hijo!—¡Cielos!—¡Ah!

***

Dá punto esta situacion
á un acto que maravilla;
óyese la campanilla
y se desprende el telon.
El público de repente
se exalta y se pone fiero,
grita como un pregonero
y aplaude como un demente.
La fiebre el ánimo ataca,
el llanto anubla la vista...
y se tira un progresista
desde el palco á la butaca.

II.

ENTREACTO.

Vuelto ya de su estupor,
el público discurria;
y vea el pío lector
lo que la gente decia,
Á estilo de Campoamor:
Un crítico.—Sin igual.
Un autor.—Fortuna loca.
Carulla.—¡Drama inmoral!
Don Miguel Vicente Roca.
—¡Si yo fuera Ducazcal!
Un fatalista.—¡Divino!
Un ingeniero.—¡Sin nombre!
Una mujer.—¡Asesino!
Un cesante.—¡Ese es el hombre
que me dió el primer destino!
Matilde.—¡Bravo, Valero!
Vico.—¡Muy bien, don José!
Un pariente.—¡Así te quiero!
La trenza del Quemadero.
—¡Y luego dirán de usté!
Un miliciano.—¡Ay, ay, ay!..

Una florista.—¡Qué lío!
Una manola.—¡Velay!
Un torero.—¡Qué sentío!
Nosotros.—¡Echegaray!

III.

SEGUNDA JORNADA.

(LA MISMA DECORACION).

Jaime con *El Popular*,
y haciendo labor Eulalia.
(El cuento de la sortija,
si no viene bien, encaja.)
Lleva la pobre mujer
desde aquella noche infausta,
puesta al dedo una sortija
con un líquido que mata.
Si vuelve por caso raro
como aquella, otra matanza,
como en Bilbao, otro sitio,
como en Valls, otra jarana,
y don Jaime se halla fuera
y su mujer sola en casa,
y otro sir Arturo viene

y lo anuncia la criada,
el tósigo que el anillo
lleva oculto en sus entrañas,
hallará tumba en el pecho
de aquella virtud romana,
Jaime quedará con honra
y ella quedará sin mancha;
que la de una mora dulce
se quita con otra amarga.
El marido, que adivina
lo que le sucede á Eulalia,
—¿por qué temes, le pregunta,
qué discurres, por qué callas?
¿por qué la fatal sortija
llevas al dedo enlazada?
¿por qué á mí no me la entregas?
—Porque no me da la gana.
—¿No me das otra razon?
—No la tengo.
—¡Muchas gracias!



Aparece Federico
que alegre y contento está.
—Siempre que llega este chico
yo no sé lo que me dá.
—Ya concerté con el suegro
la boda que á nadie humilla.
(Don Jaime se pone negro

y doña Eulalia amarilla.)
—Ya le dije que soy rico,
que el Banco en cuenta corriente...
—Oyeme bien, Federico,
tú heredaste solamente.
—De los millones le hablé
que guardamos en la caja,
y él contestó: «¡Bien se ve
que Don Jaime es una alhaja!»
—Gran Dios!
—¡Mi padre querido!
—¿Tal dice, voto al infierno?
¿Si pensará ese perdido
que yo le robo al Gobierno?
—No lo creas... si es así...
bonachon, francote, rudo.
¡Si me quiere mucho á mí
y á vosotros!
—¡No lo dudo!
—Y ahora que aquí no hay testigo,
diré sin vergüenza alguna
un pensamiento que abrigo
sobre mi pingüe fortuna.
—Espera: ¿fué tu prudencia
como el asunto lo exige?
¿le dijiste que tu herencia
secreto ha de ser?
—Lo dije.

—¿Y lo guardará por tí
si por mí no lo guardó?
—Hasta cierto punto sí,
y hasta cierto punto nó.

***

Pasada la duda aquella
viene la calma y la paz;
y prosigue Federico...
es decir, vuelve á empezar.
—Pues se me ocurrió advertiros
que con tan grande caudal,
ni sé yo qué voy á hacer
ni en qué lo voy á emplear.
Tres millones heredé,
dineros del sacristan
que ni sé de dónde vienen
ni á dónde irán á parar.
Dos para comprar la novia,
pues por ménos no se da,
y uno, ¡vamos! no sabeis...
no quereis adivinar...
si me quisierais... es claro,
yo hablo poco, tarde, mal,
Gabriel es el primer hijo,
vamos... ¿qué decís?... ¡hablad!
—Que no vengas con canciones,
que acabes, si has de acabar,
que no está la *madalena*

para coser tafetan...
que tú á mí no me conoces
y me las vás á pagar!
—Si ya sé que no me quieres,
y el por qué tú lo sabrás...
—¡Federico!—Ese millon,
para tí y para mamá
queria yo destinarlo,
y dos ménos uno, en paz.
—Imposible; no aceptamos,
pero agradecido vas,
y no sabes hasta dónde
tu padre de tí lo está.
—Para no ser hijo mio
no siente del todo mal.—
Véte, Eulalia, y vé con él,
y no le dejes hablar
con su hermano; lo conozco
y sé de lo que es capaz:
si se entera del asunto
hará una barbaridad.—
Silencio, pausa, atencion,
monólogo colosal.
«Espinas vertiginosas,
aire, fuego, tempestad,
la calumnia que se sienta,
la inocencia que se va,
el rumor sordo que llega,

la duda fiera y tenaz,
y relámpagos de sombras
en la densa oscuridad
que como sombras se quedan
y como luces se ván.»
Repiques en la cabeza,
sopapina general,
cuatro gritos de Valero
que á maravilla los da,
y un ataque de aneurisma
en un palco principal.

***

Como recuerdo que fué
porque me dejó perplejo,
como pálido reflejo
del monólogo, oiga usté.
«Jaime, corazon de acero,
Jaime, inflexible conciencia,
vas á dictar tu sentencia
á la faz del mundo entero.
Dudo, y empiezo á creer,
creo, y empiezo á dudar,
vacilo, y vuelta á empezar,
¿qué hago yo? ¡vamos á ver!
Hombre arrojado y valiente,
mujer que virtud refleja,
¿por qué á mí no me aconseja
una persona decente?

Con el secreto batallo
y soy de mi mal testigo,
¿lo digo?... ¡Pues no lo digo!
¿lo callo?... ¡Pues no lo callo!
Digan Apolo y Orfeo,
y digan Minerva y Diana,
y la raza americana,
y el continente europeo,
quien siente heridas de agravio
quien lleva hiel en el pecho
la política, el derecho,
el comisionista, el sabio,
el cristianismo inmortal
y la revuelta morisma,
si he de romperme la crisma
contra el duro pedernal!

***

¡Cuánto la vida es amarga!
¡Cómo la malicia inventa!...
¡El individuo me carga!
¡La humanidad me revienta!
¿De qué sirve ser decente
y obrar como un caballero,
si luégo dice la gente
que Jaime roba el dinero!
¡Calumnia sin ejemplar!
¡mentir por solo placer!
¿En empréstitos robar?...

¡Como si pudiera ser!
Que se casa Federico
y que paga su locura;
que ha encontrado al novio rico
el padre de la criatura.
Que fué ayer un desdichado
y hoy hereda por misterio;
que el dinero lo han robado
del cajon del ministerio.
Que alguien puede ser testigo;
que el crímen toca á su fin;
que en el *ajo* hay un amigo
que se llama don Joaquin.
Que la sospecha crüel
toma en la casa hospedaje;
que el implacable Gabriel
duda ya como un salvaje.
Que el oro que se heredó
y el caso de Eulalia y *Sir*
es asunto que acabó
y *no se puede decir*.

***

Jaime, con amor profundo,
perdonó ya á su mujer;
Gabriel representa al mundo
y no lo puede saber.
Así la dicha se entiende
cuando va al honor sujeta...

al ménos, eso defiende
el eminente poeta;
que en el lazo bendecido
lo importante, á su entender,
no es lo que piensa el marido,
ni el hijo, ni la mujer,
ni el cura que los casó,
ni el sacristan, ni el padrino,
sino lo que pienso yo
ó lo que piensa el vecino.
Síntesis dura y amarga
que tiene sal y pimienta:
¡el individuo me carga!
¡la humanidad me revienta!

***

Como la prensa murmura,
cosa rara en el oficio,
don Joaquin escribe sueltos
(y ya pareció el amigo).
Don Jaime, que ha vuelto en sí,
escupe por el colmillo,
ronco tose, grita fuerte,
y escribe más que el *Cocido*
(no ha de ser siempre el *Tostado*
el hombre que más ha escrito.)
—Calma, Jaime, dice, calma;
¡qué dolor, qué sacrificio!
A esa gentecilla vil

llevaremos á presidio,
y como Cascaciruelas
lo mismo haremos, lo mismo...
Alguien llega; en las pisadas
conozco á mi único hijo;
yo soy el único padre,
y el otro es un añadido.
Recogeré los papeles;
que no se aperciba el chico.—
Por la puerta principal
entra Gabriel aturdido,
observa un punto á su padre,
y le pregunta:—¿Hay permiso?
¿Estás ocupado? dime.
—En un asunto urgentísimo.
—¿Qué haces?—No me lo preguntes.
—Es que estoy dudando.—¡Impío!
—En cuanto enseñe el papel
se arma la de Dios es Cristo.
—Déjame.—¿Pero de veras
estás ocupado?—¡Niño!...
eres implacable; dudas...
—Yo soy así.—Pues ¡maldito!
—Es que traigo horribles pruebas
del rumor que han sorprendido,
y aquí tengo los papeles
que de seguro no has visto.
En casa de aquel banquero

en el té de ayer han dicho,
que ya somos poderosos,
que ya puede Federico,
casarse con dos millones
ó con su novia, ¿has oido?
Habia dos periodistas,
Y escucha lo que han escrito.
Fíjate, padre del alma,
Calumnia, atrabilis, hipo!
«Noticia de sensacion,
comentarios de los círculos,
matrimonio concertado,
capital desconocido,
un empréstito reciente
y un comisionado listo.
Despues una línea negra——
Despues puntos suspensivos.....»
—¿Habrás muerto al director?
—No tenía tu permiso;
vengo por el.
—¿Otra duda?
¡eres implacable, hijo!
Ántes de matarlo díle
que yo soy un hombre digno,
que no tengo una peseta
y que no la necesito.
Pero escribe, escribe aprisa.
—La pluma, díctame.

—Dicto...
Calla, que por la escalera
siento pasos.
—¡Jesucristo!
¿quién será?
—Véte á tu cuarto
y no hables con Federico;
los vasos por donde corre
la sangre de tu hermanito
no son venas que se encienden,
es horchata en vaso chico.
—Adios, papá.
—¡Cielo santo!
¿cómo *adios* tan triste dijo?
será que duda... ¡El inglés!
—Buenas noches.
—Bienvenido.
Lea usted ese papel.
—¿Hay novedades?
—¡Canijo,
cuando digo á usted que lea!
—Es curioso.
—No, es indigno.
—Ustedes aquí en España
lo trabajan de lo fino.
—Y en Inglaterra es un sueño
la discrecion por lo visto.
—¡Oh, no, tambien en su tierra,

porque un español lo dijo!
—Porque vivirá entre ingleses.
—Si es literato... de fijo.
Pero dejemos á un lado
las cuestiones del bolsillo,
y hablemos en plata.—¡Bárbaro!
ya vuelve á sacar el Cristo.
—Usted debe...
—Eso es calumnia,
yo no debo un perro chico.
—Pero yo debo...
—¡A mí, no!
—Está bien, á Federico.
A pagar me traen los piés.
—¿A pagar? pues no recibo.
—Otro dia...
—Si es de noche
y entra usted con gran sigilo,
cuando duerman en mi casa
mi buena esposa y mis hijos,
por una escalera falsa,
y por mi seña advertido,
despues de rondar la calle
tres horas, ó cuatro, ó cinco,
para que nadie se entere
y no arme Gabriel un cisco,
puede ser que acceda *á eso*.
—Convenido.

—Convenido.
—Me vuelvo por donde vine,
porque no es otro mi oficio,
Pero amigos bien lo somos.
—Mucho, mucho, muy amigos,
desde el puente de Segovia
á la casa del Hospicio.

***

Miéntras Patrik y don Jaime
tal asunto discutian,
Federico se tropieza
con Gabriel en la cocina,
y le refiere la historia
de su herencia maldecida.
Se entera Eulalia del caso,
Gabriel rabia, el otro grita,
invaden los tres la escena,
y allí... ¡María Santísima!
—¿Conque somos poderosos?
exclama Gabriel con ira.
—No es verdad.
—Ese lo dice.
—Pues dígalo quien lo diga.
—Es que heredó Federico.
—Él sí, mas no la familia.
—¡Caracoles, cuando digo
que me trago la partida!

—Otra duda, ¡cielo santo!
Yo te juro que es impía
la sospecha que te asalta.
—¡Si la tengo aquí metida!
—Por segunda vez te juro...
—Basta con que lo repitas.
—Yo soy tu padre, ese mozo
es de la casa polilla.
Mi honradez será tu herencia,
y aunque mi suerte te aflija
y el pesar que ahora te oculto
no lo sepas en tu vida,
fía en mis palabras breves
y atrás las dudas malditas:
¿qué me importa Federico
tratándose de tu dicha?
(Sensacion, roncos gemidos,
espantosa algarabía;
Federico desespera,
Valero se precipita,
Vico se crece, y Eulalia
va á comerse la sortija.)
—¡Deten la mano, infeliz!
—¡Hijo mio!
—¡Madre mia!—
Y Gabriel en un abrazo
dice al autor de sus dias:
—La niebla del deshonor

humedece tus mejillas;
yo la veo por debajo,
tú la has visto por encima,
si mi madre no la ve
es por ser corta de vista,
deja que yo me encarame
hasta la atmósfera limpia
donde encendido fulgura
el sol de eterna justicia.
Aquellas luces son claras,
porque son luces divinas;
las que en el mundo se encienden
son como el gas de la villa;
si se paga bien, alumbra;
si no se paga... ni chispa!—
Federico á su mamá
ruega que hablar le permita,
ya que su padre lo puso
como chupa de golilla.
—Habla, tu padre consiente.
—¡Calla! Gabriel le replica,
que la sombra de Cain
en mi cerebro se fija,
y si estalla mi coraje,
Abel de guardarropía,
con la quijada de Patrik
te voy á quitar la vida.
(Este Gabriel ha nacido

en un bosque de la India.)
—Hijo, repite don Jaime,
di lo que decir querias.
—¿Le llama hijo? ¡otra duda!
—Pues bien, padre, si es precisa
condicion á vuestra paz
que yo la herencia no admita,
renuncio á mis esperanzas
y á la mano de la niña!—
(Efecto, ternuras, ansias;
una escena interrumpida;
se alza la frente de Jaime
y la de Gabriel se humilla;
Eulalia abraza á su hijo
y llora á lágrima viva,
y el implacable le pega
un puñetazo á una silla.)
La ansiedad sube de punto
y veloz se comunica
desde el patio al Paraiso,
del foso á las bambalinas,
y al cura de la butaca,
que espantado no respira
casi sin conocimiento,
lo lleva la policía
al Hospital general
metido en una camilla.

⁂

Al sacrificio del hijo
que cambia suerte enemiga,
Jaime respondió furioso
que lo suyo, de él sería.
Y en verdad que esto marea
y no hay ya quien lo resista.

IV.

ENTREACTO.

Cuando la escena acabaron
y concluyó aquel belen,
los críticos se enzarzaron
y los autores tambien.
—¡Es arrogante osadía
que no pasará jamás!
—Con esa filosofía
quien más pierde, pone más.
—¡Bravo! ¡qué equivocacion!
—¡Qué atrocidad!
—¡Y qué homilía!
las atrocidades son
las que dice esa familia.
—Si Gabriel el juicio muda
el carácter no se ve,

y si el problema es la duda
el problema queda en pié.
—Si Jaime, que al mundo engaña,
cede viéndose en un brete,
resulta el drama, castaña,
y la tragedia, sainete:
y firme en la situacion
que no le es dado escoger,
sucede aquí en mi opinion
lo que debe suceder.
—Falta lógica en la trama,
y es trabajosa la intriga.
—Entónces, ¿dónde está el drama?
—¡Busque usted quien se lo diga!
—Federico haciendo el oso
se pasa la noche entera.
—Gabriel es un tipo hermoso
como es hermosa una fiera.
—De esa infelice mujer
haga usted suyo el proceso...
—¡Hombre! tendria que ver...
que me pasara á mí eso!
—Es que el suceso ejemplar
de otro modo diferente
no se puede presentar.
—¡Pues que no me lo presente!
—El autor se contradice.
—La obra de larga se pasa.

—¿Pero por qué no se dice
lo que ocurre en esa casa?
—¿Quiso el autor demostrar
cuánto se llega á sufrir
por el afan de callar
lo que *se debe decir?*
—A ese fin la obra conspira.
—Eso pretendió de fijo.
—¡Hombre, parece mentira!
—¡Bah! ¿pues por qué no lo dijo?

V.

TERCERA JORNADA.

(LA MISMA DECORACION.)

Despues de lo que escribimos,
cuanto viene está de más,
escenas como otras ciento
de las que pasaron ya,
donde no sucede nada
fuera de lo regular.
Eulalia cose y suspira;
Jaime medio loco está;
Federico en las Batuecas;

Joaquin llega sin hablar,
y Gabriel debe encontrarse
á dos pasos del Canal.
Patrik rondando la esquina;
la sortija en su lugar,
y el gobierno previsor
y sobre todo moral,
cesantes Jaime y Joaquin,
ya no tiene en qué pensar:
están los dos infamados,
y los dos sin un real,
por no decir á Gabriel
lo que *no deben callar*.

***

Vamos caminando al fin
y el espanto aumenta y crece.
Párrafo aparte merece
la entrada de don Joaquin.
«Eulalia estábase grave;
don Jaime con ménos calma
soltaba al dolor la llave;
el implacable, Dios sabe
cómo tendria su alma.»
Federico ensimismado,
el *crochet* sin acabar,
el quinqué medio apagado
y el cuarto sin alumbrar.
«Suenan las diez lentamente;

don Joaquin con gran cari ño
entra y saluda á la gente,
y dice:—Por el torrente,
que si no matan al niño.»
—¿Qué me tienes que decir,
á qué vienes, qué te pasa?
—Aquí me vengo á morir
porque me perdí en tu casa.
«Me han dejado sin destino,
y ya la causa adivino;
toma y lee ese papel.
—Me lo dijo en el Casino
un general de cuartel.»
—Gages de la vida son
que alguno los pagará;
tú te has cubierto el riñon
y poco te importará.
«Mis palabras no te hieren,
y si mis hijos se mueren...
—¡Maldita sea mi casta!
—Y entre dos que bien se quieren,
con uno que coma, basta.
—Me has perdido, Jaime ingrato,
yo que en tí puse mi fe.
Gabriel.—¡Qué se calle usté!
Jaime.—¡Que si no, te mato!
«Y agobiado el corazon,
la madre con triste lloro

dijo á Jaime en conclusion:
ó arráncame el corazon,
ó ámame porque te adoro.»
Joaquin siente una desgana,
Jaime un desvanecimiento;
si aquel no se va al momento
lo arrojan por la ventana.
La despedida es un grito;
Federico sollozando,
Gabriel triste, Jaime ahíto,
Y el público murmurando:
¡qué amigos tienes, Benito!

***

Es de noche, ó cosa así
que llaman la Tutelár;
Eulalia se fué á la cama
con mucha serenidad.
Federico *idem per idem*,
Gabriel, como duda, ¡quiá!
dando vueltas por la casa,
de la azotea al zaguan,
espera ocasion propicia
para ver y averiguar
si duda con fundamento,
ó es la duda criminal.
D. Jaime espera al inglés,
que poco puede tardar.
....

Por una puerta excusada
que se ignora dónde va,
y que conduce á la calle
por una casualidad,
mister Patrik aparece
con una cara de agraz,
y una cartera en la mano
y en la cartera un caudal.
—Venga eso pronto.
—Enseguida.
—Muchas gracias.
—Bien está.
—Ahora por donde ha venido
se vuelve usted á marchar.
—¿Pero amigos?...
—Lo seremos;
es decir, lo somos ya,
desde la plaza de Oriente
al arroyo Abroñigal.

***

Con el dinero en la mano
confundido en su pesar,
Jaime sin calma discurre
que está la calma demas;
Gabriel detras del tapiz,
no pudiéndose aguantar,
sale y exclama:
—¿Lo ves?

Me has engañado.
—¡Agua va!
ya podias advertir
el modo de señalar.
—Ahora no dudo, ¡ahora creo!
—Te juro.
—No jures más;
antes que el gallo cantara
en las tapias del corral,
tres veces juraste en vano
sin tener necesidad.
—¡Cállate, rebelde, impío,
implacable, contumaz!
—¡Maldito sea el momento,
para mi dicha fatal,
en que sin permiso mio
me engendraste!
—¡Carrasclás!
dice Jáime, y grita airado:
—¡Eulalia!
—¿Qué quieres?
—Sal.
Me insulta el hijo.
—¡Villano!
¿Pero á quién no insultará?
—Sal pronto.
—Espera un instante.
—Imposible esperar más.

—Estoy en paños menores,
no me puedo presentar.
—No repares en dibujos
—Pues voy á echarme el gaban
—¡Mi madre!
—¡Mi esposa!
—¡Cielos!
—Dudo, madre.
—¡Duda!
—¡Ah!
—Cuéntale la historia entera.—
Y Jaime empieza á contar,
y crece la confusion,
y el vértigo viene ya,
y Eulalia muerde el anillo,
bebe el líquido mortal,
da un quejido lastimero,
alza pálida la faz,
humilla triste la frente...
y la llevan á enterrar.
Se oye bajar el telon
con un silencio glacial;
hace frio, corre viento,
amenaza tempestad,
y los que muerden se quedan
y los que aplauden se van.

VI.

Muchos los plácemes fueron
y muchos los que faltaron;
el absurdo en un renglon,
todos los que el drama vieron
unánimes observaron.
Por eso debe escribirse
para mejor espresarse,
que es en aquella funcion
Lo que no puede decirse,
Lo que no debe callarse.

FIN.